



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

D. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

D. Francisco de Quevedo, caballero de la Orden de Santiago, secretario de S. M. y señor de la villa de Torre de Juan Abad, nació en Madrid en el año 1580, y á lo que se puede inferir, por el mes de Setiembre. Su padre fué Pedro Gomez de Quevedo, secretario de la emperatriz D.^a María en Alemania, y despues de la reina Doña Ana, mujer del rey D. Felipe II, y su madre Doña María de Santibáñez, de la cámara de la reina, personas de notabilísima familia, y antiguo solar en la Montaña, en



D. Francisco de Quevedo y Villegas.

el valle de Toranzo. Crióse nuestro D. Francisco en palacio, á la sombra de su prudente y virtuosa madre viuda, donde fué competentemente educado en los principios y conocimientos de la religion y primeras letras, y pasando á estudiar las facultades mayores á la Universidad de Alcalá, logró graduarse en la de teología, con general asombro, á los quince años no cumplidos de su edad; pero no cabiendo la grandeza de su ingenio en los límites de una sola facultad, extendió sus velas en el inmenso golfo de las ciencias y buenas letras, estudiando el de-

recho civil y canónico, la medicina, la historia natural, las lenguas sabias y los sistemas filosóficos, juntamente con otras instrucciones y habilidades, propias de un joven y de un caballero. Pasados en estos nobles ejercicios algunos años, y á causa de cierta pendencia de honor, le fué conveniente ausentarse de la corte, donde se hallaba, y pasarse á Italia, admitiendo las repetidas instancias, y ofrecimientos del duque de Osuna D. Pedro Giron, para que fuese al reino de Sicilia, cuyo vireinato se hallaba sirviendo. Con la asistencia y compañía de un varon tan erudito en todas materias, logró el duque tanto auxilio como acierto en los asuntos de su gobierno, pues por su mano y consejo corrian los negocios más importantes. Así se valió de su persona para todos los asuntos más graves en España y en Roma; y en el año 1615 fué nombrado por embajador del reino de Sicilia al rey Felipe III.

Habiendo pasado este mismo año el duque de Osuna al gobierno de Nápoles, y vuelto de España D. Francisco, volvió á confiarle todos los negocios más graves de la Corona y de la Hacienda real, con que volvió tambien á dar nuevas pruebas de su inteligencia, celo del real servicio, integridad y limpieza de proceder, descubriendo muchos fraudes con que benefició al real Erario en más de 400.000 ducados. Por este tiempo le despachó el virey á Venecia con una comision de suma importancia, la cual evacuó con grande destreza disfrazado con hábito de mendigo. Despues volvió á enviar el duque á D. Francisco á España á informar al rey del designio con que intentaba armarse contra los venecianos confederados con el duque de Saboya contra el archiduque Ferdinando, para divertir sus fuerzas, mostrando apoderarse del mar Adriático, y cohonestando esta comision con el pretexto de otro servicio, que por su industria y disposicion le hacía á S. M. aquella ciudad y reino, nombrándole éste para el dicho efecto por su embajador; pero ántes de esta jornada le envió á Roma para tratar secretamente este negocio con el pontífice Paulo V, del cual recibió el duque una carta muy honorífica hácia la persona de D. Francisco, en que recomendaba su prudencia y confianza, y se remitía al mismo en su respuesta.

Fué honrado por el rey con la merced

del hábito de Santiago, que se puso con gran pompa en la misma ciudad de Nápoles. Despues, por los años de 1620, entre las borrascas y caída del duque tocó tanta parte á D. Francisco, que aunque justificó su inocencia fué preso y llevado á su villa de Torre de Juan Abad, donde estuvo por espacio de tres años y medio sufriendo tantas incomodidades, y sobre todas la falta de curacion de las enfermedades que le sobrevinieron, que escribiendo al presidente del Consejo el miserable estado en que se hallaba, le dió licencia para irse á curar á la villa de Villanueva de los Infantes, y á pocos meses le mandó dar por libre, con la condicion de que no entrase en la corte, cuya pena le levantaron al año siguiente por no haberle hallado ni hecho cargo alguno.

Volviéndose otra vez á encender el fuego de la persecucion, se le mandó salir de la corte, retirándose á Torre de Juan Abad hasta fin de aquel año, en que obtuvo la licencia de restituirse á ella por carta del cardenal de Trejo Paniagua, presidente del Consejo. Cesando por entónces las borrascas y persecuciones de sus émulos, hizo nuestro D. Francisco asiento en la corte, adquiriendo nuevos créditos por su ingenio, sabiduría, integridad y rara constancia en las vueltas de su fortuna, de las cuales movido el rey, al mismo tiempo que obligado de sus muchos y leales servicios, le honró con el título de su secretario por cédula de 17 de Marzo de 1632.

Por los años de 1634, y á los 54 de su edad, determinó tomar estado de matrimonio, que contrajo con Doña Esperanza de Aragon y la Cabra, señora de Cetina, emparentada con lo más distinguido de Castilla, dejando la pension de 800 ducados que gozaba por su iglesia con caballerato, y retirándose á Cetina con su esposa: satisfaccion que le duró muy pocos meses por la necesidad de acudir á ciertos negocios á su villa de Torre y la próxima muerte de su mujer, pérdida que le apuró el sufrimiento sobre cuantas adversidades le acometieron en el discurso de su vida, y sólo pudo templar el rico caudal de su cristiana filosofía. Colocado en esta situacion, y libre otra vez de vínculos, y sin sucesion, se entregó al retiro de sus musas y de su Torre de Juan Abad, donde vivia satisfecho de la llaneza de su trato, comunicando á sus va-



sallos con el mayor amor y usando de toda humanidad y misericordia con ellos. Pasada esta corta tregua de tranquilidad, sobrevinieron las últimas y más furiosas borrascas que volvió á suscitar la envidia y la emulacion contra Quevedo, atribuyéndole ciertos escritos y libelos infamatorios, por cuya causa fué preso hallándose en Madrid y en la casa de cierto grande del reino, por Diciembre del año 1641, á las once de la noche, y conducido á la Real Casa de San Márcos de Leon, embargada toda su hacienda y puesto en prision rigurosísima, de cuyas resultas enfermó de tres heridas que con el frio y humedad del sitio se le cancelaron, y por falta de cirujano se las cauterizó él mismo; á que se añadía el hallarse tan pobre, que de limosna le vestían y alimentaban. En esta miserable situacion escribió aquella doctísima y tiernísima carta al conde duque, exponiendo su inocencia, refiriendo menudamente sus calamidades é implorando su patrocinio; por lo cual se empezó á tratar su causa con más blandura, y algunos meses despues, descubierta ya la calumnia por haberlo sido el verdadero autor del escrito, cuyo original se halló en la celda de cierto regular, cesó el rigor con que se le trataba, y por orden del rey Felipe IV se le puso en libertad y restituyó á la corte, y empezó á poner cobro en su hacienda, de que habia perdido no poca parte, salvo la que quedó en poder de su amigo D. Francisco de Oviedo.

Habiendo residido algun tiempo en la corte, y faltándole medios para su decente subsistencia en ella, se retiró para siempre á su villa de Torre de Juan Abad, donde agravándosele los achaques y accidentes de dos apostemas en el pecho que habia contraído en su dilatada y última prision, resolvió ir á curarse á la villa de Villanueva de los Infantes. Allí se mantuvo largo tiempo en la cama, padeciendo inmensos dolores y gravísimos accidentes, y llevándolos con incomparable ejemplo de paciencia, valor cristiano y edificacion de todos, hasta que por Abril de 1645 dispuso las cosas de su alma y de su hacienda, otorgando su testamento, llamando por sucesor á su sobrino D. Pedro de Alderete y Carrillo, con la condicion de que se apellidase Quevedo para la continuacion de su casta; y agravándosele la dolencia recibió los Santos Sacramentos, ménos el de la Extremauncion, que

mandó diferir hasta muchos dias despues y en el mismo en que falleció, con cuyas admirables disposiciones restituyó su espíritu al Señor, que tan rico de dones y talentos le habia criado, el día 8 de Setiembre del mismo año de 1645, á los sesenta y cinco de edad, con general sentimiento de todas las personas que le trataron, no solo de aquella tierra, sino de toda la nacion, por la pérdida de un varon tan ilustre. Mandó enterrarse por vía de depósito en la bóveda del convento de Santo Domingo de aquella villa, y que de allí le trasladasen á la del de Santo Domingo el Real de Madrid, á la sepultura de su hermana Doña Margarita de Quevedo; pero ocurriendo cierta competencia entre los religiosos y el cabildo de la villa, al fin se enterró en su parroquia con gran pompa y solemnidad. D. Francisco de Quevedo fué de mediana estatura, de robustos miembros, el rostro hermoso, abultado y blanco, el cabello rubio encrespado, la barba y bigote alto y poblado, los ojos vivos, grandes y sin cejas, pero tan corto de vista, que gastaba continuamente anteojos: el cuerpo recio y proporcionado, aunque lisiado y disforme de entrambos piés, pues los tenía torcidos hácia adentro y le hacian de feo y descompuesto movimiento.

En sus escritos dejó acabadas obras literarias, que con el sello de su originalidad llevan el de un mérito notabilísimo. No sólo la sátira y género festivo fué lo que cultivó su fecunda pluma, sino que los asuntos más poéticos y más profundos hallaron en él un inspirado vate que ha llegado á ser uno de los escritores cuyo nombre ha sido más conocido en todos los tiempos y lugares; popularidad inmensa que obtiene el genio, tal vez en recompensa de las amarguras que su vida experimenta.

EL ÁNGEL CAÍDO

Amantes de nuestras glorias patrias, y deseosos siempre de contribuir en nuestra modesta esfera á que gocen su justa fama los talentos que se distinguen en nuestros dias, publicamos hoy una fiel copia de la estatua modelada por D. Ricardo Bellver, joven artista español pensionado en Roma, cuya notable escultura ha merecido los elogios de la prensa italiana y la aprobacion más decidida del distinguido escultor alemán Müller. Esta estatua será fundida á ex-

penas de S. M. el Rey D. Alfonso XII, y el año próximo figurará en la gran exposicion universal de París. Al dar la más cordial enhorabuena al jóven artista, tenemos un

verdadero placer al ver que en nuestra patria no se ha acabado la raza de los que en las bellas artes han conseguido brillar á inmensa altura.



El Angel caído.

HISTORIA SAGRADA.

MANASÉS.

A la muerte del piadoso Ezequías, rey de Judá, reayó la corona en su hijo Manasés, de doce años de edad. Su historia es un contraste con la del que le dió el

ser, pues quiza se propuso borrar hasta el último vestigio, las elocuentes virtudes y religioso celo que guiaba á su padre.

El impío Manasés fué idolatra, y llevó su impiedad hasta ordenar la muerte del piadoso profeta Isaias que le achaba en

cara sus crímenes, inundando á Jerusalén con la sangre de los fieles servidores del Señor.

A tal grado había llegado su extrañío y pueril ceguera, que fue vana la amenaza que Josías le dijo, inspirado por el Altísimo: "Voy á lanzar tales desgracias sobre Jerusalén y sobre Judá, que quedarán sordos los oídos de cualquiera que los oiga. Extenderé sobre Jerusalén la plaga que he extendido sobre Samaria, y borraré á Jerusalén como se borra lo que se escribe sobre la arena."

En efecto, Asur-Nibodon, rey de Siria, instrumento elegido por Dios para castigar al prevaricador Manasés, cayó bien pronto sobre el reino de Judá, apoderándose en Jerusalén del mismo Manasés, quien cargado de cadenas fué trasladado á Babilonia y puesto en la más estrecha y penosa cautividad.

Eran justos como terribles castigos, obraron en el desgraciado rey una completa transformación; pues según la Escritura, se arrepintió de su pasado, hizo penitencia, y se mantuvo, hasta el fin de



Pepito Trápala (acto segundo, escena II).

su vida, fiel á su Criador y digno hijo de Ezequías.

Dios, movido por el sincero arrepentimiento de Manasés, le volvió su gracia colocándole nuevamente en el trono de Judá. Ahora bien, ¿qué fruto debeis sa-

cir, amados jóvenes, de la historia de Manasés?

Escuchadme: En esta historia, resplandee la Divina misericordia, que no solamente Dios tuvo con Manasés, sino que nos recuerda que no desesperemos ja-

más de la salvación de nuestra alma, cuando para ello bastan el arrepentimiento y la penitencia; y si Dios nos aflige con castigos que Él solo conoce, es para mostrarnos nuestros desmanes, e indicarnos la línea recta del cielo nuestra patria; porque, como dice Jesucristo, Dios no quiere la muerte del impío, sino que se convierta a Él y viva.

¿Y cómo conseguiremos esto? me preguntáis. Yo os responderé con la hermana de un Santo. Habiendo interrogado á Santo Tomás su hermana, cómo se podría ser Santa, éste la contestó: "Queriendo."

FRANCISCO SANTIAGO.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

PEPITO TRÁPALA

ACTO SEGUNDO

El teatro representa un cuarto de estudio en casa de Pepito, con mesa, sillas, etc., un juego de ajedrez de marfil sobre un velador, y un tintero bonito ó caprichoso junto al ajedrez.

Al levantarse el telón, Pepito aparece sentado delante de la mesa en que hay un libro abierto.

ESCENA I.

PEPITO.

No puedo leer por más que hago. No entiendo siquiera lo que leo. Siempre pensando en mi pobrecita hermana, en mi espanto cuando la vi caer en el estanque, en el grito que dió. ¡Qué grito tan horrible! Parece que la estoy oyendo: «¡Pepito, socorro! ¡Muero por tí!» ¡Por mí!... Y el Sr. de Ramirez, que la sacó cuando yo la creía muerta, ¡qué caballero tan valiente y tan generoso! Si no hubiera sido por él... ¡Pobre hermanita mía! ¡se ha quedado tan delgada y tan pálida!... Y yo tengo la culpa de todo con mis mentiras.

(Se oculta el rostro con las manos y llora.)

ESCENA II.

PEPITO, MANUEL, ANDRES.

ANDRES. ¿Qué hace? Creo que se ha dormido.

MANUEL. Sí; se ha dormido delante de un libro. Mira...

ANDRES. Verás como yo le despierto.

(Se acerca á él despacio y le da un grito al oído.)

PEPITO. *(Con tristeza.)* ¿A qué viene esa broma, Andres? El tiempo de la broma y de la risa ha pasado para mí.

MANUEL. Pues qué ocurre, chico? ¿Está peor tu hermana, por desgracia?... Creíamos que estabas dormido; que te habías puesto á estudiar la lección y...

PEPITO. Y que, según mi antigua costumbre, me había dormido en vez de estudiar? No; este libro es muy bonito y muy entretenido. Papá ha tenido lástima de mi tristeza, y me le ha dado para distraerme.

ANDRES. Pues entonces ¿qué tienes?

PEPITO. No sé lo que leo; no comprendo una palabra. ¡Siempre tengo ante mis ojos á mi hermana ahogándose!

MANUEL. ¡Bah!

PEPITO. La oigo sin cesar gritarme: «¡Pepito, socorro! ¡Muero por tí!»

ANDRES. No seas tonto. ¿Qué adelantas ya con eso?

PEPITO. No lo puedo remediar; la veo morir, morir por mi culpa, por mis mentiras.

MANUEL. ¡Chico, chico, no seas majadero; no te apures! Da gracias á la bondad de Dios, que la ha salvado del peligro.

PEPITO. Pero ha estado muy mala; ha sufrido mucho.

ANDRES. Es verdad; pero ya está mejor, y se levanta y empieza á comer algo...

PEPITO. ¡Está tan delgada y tan pálida la pobrecita!

MANUEL. ¡Ya lo creo! ¡Friolera! Dos sangrías, tres cantáridas y tres semanas en cama sin probar bocado, ya hay para estar pálido como la cera y delgado como un esqueleto.

PEPITO. Todo eso aumenta mi pena y mi remordimiento, porque yo tengo la culpa de todo cuanto ha sufrido.

MANUEL. Mira, Pepillo. Lo hecho está hecho, y no hay quien lo deshaga. Por más que pienses y lo des vueltas, no adelantas nada. Ya has llorado, has sufrido, te has arrepentido de corazón y estás perdonado. ¿A qué te mortificas? Ya nadie te dice una palabra. Tu hermana te quiere lo mismo, tú la quieres más, y te has

enmendado de aquella costumbre de soltar *bolás*, que, entre paréntesis, compadre, eran... *menudas*!!

ANDRES. Olvida el pasado y piensa en el porvenir para ser bueno!

PEPITO. Teneis razon; procuraré hacerlo, aunque no sé si podré conseguirlo.

MANUEL. ¡Valor, muchacho! ¡Que no se diga!... ¡Voto va! Vamos á ver cómo sigue tu hermana, y venimos.

ANDRES. Hasta ahora.

PEPITO. Adios.

MANUEL. ¡Ánimo, chiquillo! El hombre debe ser fuerte; *forte que forte y tieso que tieso*! (Vase Manolo y Andres por la izquierda.)

ESCENA III.

PEPITO.

¡Pobres amigos! ¡Con qué buena intencion quieren distraerme y alegrarme! Y tienen razon; debo distraerme. Veamos ese juego de ajedrez de marfil y el tintero que papá quiere regalar á Paquita y Julia. ¡Qué bonito es el ajedrez! Este el rey (*cogiendo las piezas*); está muy bien hecho. La reina... ¡Ay! los caballos sí que están bien; es un juego precioso. ¡Qué marfil tan blanco tienen las piezas!... Veamos el tintero... ¡Qué caprichoso es y qué bonito! ¿Tendrá tinta? Sí; en este frasquito... y se saca... ¡ay! (*Se le cae el tintero sobre el ajedrez y se llenan de tinta todas las piezas. Pepito coge el tintero manchándose las manos, y limpia con el pañuelo las figuras, manchándose también el pañuelo.*) ¡Qué he hecho yo?... ¡Ay si papá lo sabe! Voy á lavarme corriendo y á coger otro pañuelo, para que no sepan que he sido yo el que ha estropeado un juego tan precioso. ¡Ay, Dios mio! ¡Si me descubrirán! (1) (*Vase corriendo por el foro, mirando á todos lados, con temor de ser visto.*) (Se continuará.)

LAS DOS PREDICCIONES

Conclusion (2).

Á la muerte del príncipe Antonio Esterhazy le sucedió el príncipe Nicolas. La posicion de Haydn cambió notablemente, porque este último le profesó gran amistad, y

(1) El tintero debe contener polvos de salvadera, pues estando algo húmedas las piezas de ajedrez y el pañuelo se pegan los polvos y parece tinta. Hacemos esta advertencia á los niños que representen esta comedia, porque poniendo tinta es una lástima estropear el pañuelo y ajedrez. Con el medio que indicamos pueden quitarse luego los polvos sin quedar mancha ninguna. —(Nota del abuelito que arregló la comedia.)

(2) Véase la pág. 242.

consideró al compositor como un amigo cuyo género admiraba.

Haydn gozó una vida tranquila y morigerada; trabajó sin descanso, pero sin fatigarse; compuso muchas obras maestras, y siempre encontró en el príncipe Esterhazy un ilustrado protector. Haydn bendecía siempre á Dios por los triunfos que le proporcionaba su talento. Cuando sentia que su imaginacion flaqueaba un poco, ó bien se le presentaba alguna dificultad que no podia vencer, dejaba el piano, tomaba el rosario que le habia dado en Rohrau el hijo de la condesa de Lippenheim, y se ponía á rezar devotamente.

III

Un dia se hallaba retirado en su despacho, y José Haydn componia la célebre música de *Las siete palabras*, que le habia encargado un canónigo de la catedral de Cádiz, cuando le vinieron á decir que una persona deseaba hablarle.

Haydn manifestó primero que le era imposible recibirla; pero cambió de resolucion al manifestarle el criado el nombre de la visita.

—¡La condesa de Lippenheim! Que pase al momento, exclamó el compositor.

Y luego añadió:

—Quiero que ella vea por sí misma si se ha cumplido su prediccion.

Un momento despues, la condesa, acompañada de su mayordomo, era introducida en el despacho de Haydn. Este manifestó cuánto le extrañaba aquella visita que tanto le honraba, y aguardó que Mme. Lippenheim principiase á hablar, haciéndolo del modo siguiente:

—He pensado en vos, porque me he acordado, aunque han transcurrido muchos años, de mi rápida estancia en Rohrau, y del gusto que tuve al escucharos. Entónces pensé que estabais destinado á un gran porvenir y que vuestro genio sería una de las glorias de Alemania. No me equivoqué; y en todas partes se pronuncia con admiracion vuestro nombre. Tan feliz como ha sido para vos el tiempo que ha pasado, ha sido desgraciado para mí y para mi hijo, pues nos han sucedido terribles catástrofes...

—¿Es posible, señora? interrumpió Haydn, vivamente impresionado por este relato.

—He perdido mi inmensa fortuna, y hoy busco una colocacion honrosa para mi hijo, que le corrija un poco sus hábitos de prodigalidad, cuyas desastrosas consecuencias sufrirá miéntras viva. Su deseo es entrar como chambelan al servicio del príncipe Nicolas de Esterhazy.

—No lo desempeñará mal, señora condesa.

—Una palabra vuestra le allanará sin duda cualquier dificultad que se presente para su admision en la corte del príncipe.

En aquel momento Haydn se dirigió al piano y tomó el rosario que en otro tiempo

le habia regalado el hijo de la condesa, se lo enseñó y la dijo:

—Señora: si existe en mí algo de genio se lo debo á este rosario, que fué regalo de vuestro hijo. Nunca se ha separado de mí, y muchas veces ha servido para romper las trabas de mi pensamiento. Pues bien; yo procuraré en las circunstancias en que os encontrais, devolver á vuestro hijo un poco de la felicidad que él me ha proporcionado. Basta con haberos escuchado vuestro deseo, para que me ocupe del porvenir de vuestro hijo. Á mi vez puedo predeciros, que ántes de ocho dias será chambelan del príncipe de Esterhazy.

La princesa demostró en su rostro la alegría que la habian producido las palabras de Haydn. Este la preguntó si su hijo era aficionado á la música, y habiendo aquélla

manifestado que no solamente le gustaba, sino que tocaba con perfeccion el contrabajo, la dijo el compositor:

—Eso nos servirá de mucho.

Mme. Lippenheim se retiró. Apenas la acompañó hasta la puerta, el ilustre músico se puso al piano, y con una gran verbosidad, escribió un terceto para clavicordio, violoncelo y contrabajo. La obra quedó terminada en dos dias.

Un mes despues, el hijo de la condesa tomaba parte en el trio con Haydn y el príncipe Nicolas Esterhazy. Este último observó que el jóven desempeñaba su parte con perfeccion, y por recomendacion del ilustre compositor, le nombró contrabajo y chambelan. La posicion del jóven quedó asegurada, y cuando Haydn volvió á ver á la condesa, la dijo sonriendo:



Elementos de dibujo.

—¿No os lo habia anunciado? Prediccion por prediccion. C. M.

ACERTIJO

Tocayas de unas cosas que valen el dinero, aunque costamos poco, bastante más valemos. La religion, la ciencia, el arte y el progreso se valen de nosotras. Lector: ¿tendremos mérito?

CHARADA

La primera es más que ménos;
sonido grato la dos,
y de los dientes de un *todo*
nos libre nuestro Señor.

Solucion de la charada del núm. 31:

JEREMÍAS.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.